SOBRE LA DECADENCIA DEL ARTE DE MENTIR Y OTROS ESCRITOS

MARK TWAIN



http://www.librodot.com

EL CUENTO DEL NIÑO MALO

HABÍA UNA VEZ UN NIÑO MALO CUYO nombre era Jim. Si uno es observador advertirá que en los libros de cuentos ejemplares que se leen en clase de religión los niños malos casi siempre se llaman James. Era extraño que éste se llamara Jim, pero qué le vamos a hacer si así era.

Otra cosa peculiar era que su madre no estuviese enferma, que no tuviese una madre piadosa y tísica que habría preferido yacer en su tumba y descansar por fin, de no ser por el gran amor que le profesaba a su hijo, y por el temor de que, una vez se hubiese marchado, el mundo sería duro y frío con él.

La mayor parte de los niños malos de los libros de religión se llaman James, y tienen la mamá enferma, y les enseñan a rezar antes de acostarse, y los arrullan para que se duerman con su voz dulce y lastimera; luego les dan el beso de las buenas noches y se arrodillan al pie de la cabecera a sollozar. Pero en el caso de este muchacho las cosas eran diferentes: se llamaba Jim, y su mamá no estaba enferma, ni tenía tuberculosis ni nada por el estilo.
Antes por el contrario, la mujer era fuerte y muy poco religiosa; es más, no se preocupaba por Jim. Decía que si se partiera la nuca no se perdería gran cosa. Sólo conseguía acostarlo a punta de cachetadas, y jamás le daba el beso de las buenas noches; antes bien, al salir de su alcoba le jalaba las orejas.

Este niño malo se robó una vez las llaves de la despensa, se metió a hurtadillas en ella, se comió la mermelada y llenó el frasco de brea para que su madre no se diera cuenta de lo que había hecho; pero acto seguido... *no* se sintió mal, ni oyó una vocecilla susurrarle al oído: "¿Te parece bien hacerle eso a tu madre? ¿No es acaso pecado? ¿Adónde van los niños malos que se engullen la mermelada de su santa madre?", ni tampoco, ahí solito, se hincó de rodillas y prometió no volver a hacer fechorías, ni se levantó, con el corazón liviano, pletórico de dicha, ni fue a contarle a su madre cuanto había hecho y a pedirle perdón, ni recibió su bendición acompañada de lágrimas de orgullo y de gratitud en los ojos. No; este tipo de cosas les sucede a los niños malos de los libros; pero a Jim le pasó algo muy diferente, como cosa rara: se devoró la mermelada, y dijo, con su modo de expresarse, tan pérfido y vulgar, que estaba "de rechupete"; metió la brea, y dijo que ésta también estaría de rechupete, y muerto de la risa pensó que cuando la vieja se levantara y descubriera su artimaña, iba a llorar de la rabia. Y cuando, en efecto, la descubrió, aunque se hizo el que nada sabía, ella le pegó tremendos correazos, y fue él quien lloró. Todo lo de este chico era curioso… le resultaba diferente a como les sale a los chicos malos de los libros.

Una vez se encaramó en un árbol, donde Acorn, el granjero, a robar manzanas, y la rama no se quebró, ni se cayó él, ni se quebró el brazo, ni el enorme perro del granjero le destrozó la ropa, ni languideció en su lecho de enfermo durante varias semanas, ni se arrepintió, ni se volvió bueno. Oh, no; robó todas las manzanas que quiso y descendió sano y salvo; se quedó esperando al gozque, y cuando éste lo atacó, le pegó un ladrillazo. Qué raro... nada así acontece en esos libros sentimentales, de lomos jaspeados e ilustraciones de hombres en sacoleva, sombrero de copa y pantalones hasta las rodillas, y de mujeres con vestidos que tienen la cintura debajo de los brazos, y que no se ponen aros en el miriñaque. Nada parecido a lo que sucede en la clase de religión.

Una vez le robó el cortaplumas al profesor, y temiendo ser descubierto y castigado, se lo

metió en la cachucha a George Wilson... el pobre hijo de la viuda Wilson, el niño sanote, el niñito bueno del pueblo, el que siempre obedecía a su madre, el que jamás decía una mentira, al que le encantaba estudiar y le fascinaban las clases de religión de los domingos. Y cuando se le cayó la navaja de la gorra, y el pobre George agachó la cabeza y se sonrojó, como sintiéndose culpable, y el maestro ofendido lo acusó del robo, y ya iba a dejar caer la vara de castigo sobre sus hombros temblorosos, no apareció de pronto para pasmo de todos, un juez de paz de peluca blanca, que dijera indignado: "No castigue usted a este noble muchacho... ¡Aquél es el solapado culpable!: pasaba yo junto a la puerta del colegio en el recreo, y aunque nadie me vio, yo sí fui testigo del robo". Y, así, a Jim no lo reprendieron, ni el venerable juez les leyó un sermón a los compungidos colegiales, ni se llevó a George de la mano y dijo que tal muchacho merecía un premio, ni le pidió después que se fuera a vivir con él para que le barriera el despacho, le encendiera el fuego, hiciera sus recados, picara leña, estudiara leyes, le ayudara a su esposa con las labores hogareñas, empleara el resto del tiempo jugando, se ganara cuarenta centavos mensuales y fuera feliz. No; en los libros habría sucedido así, pero eso no le pasó a Jim. Ningún entrometido vejete de juez pasó y armó un lío, de manera que George, el niño modelo, recibió su buena zurra y Jim se regocijó porque, como bien lo saben ustedes, detestaba a los muchachos sanos, y decía que éste era un imbécil. Tal era el grosero lenguaje de este muchacho malo y negligente.

Pero lo más extraño que le sucediera jamás a Jim fue que un domingo salió en un bote y no se ahogó; y otra vez, atrapado en una tormenta cuando pescaba, también en domingo, no le cayó un rayo. Vaya, vaya; podría uno ponerse a buscar en todos los libros de moral, desde este momento hasta las próximas Navidades, y jamás hallaría algo así. Oh, no; descubriría que indefectiblemente cuanto muchacho malo sale a pasear en bote un domingo se ahoga: y a cuantos los atrapa una tempestad cuando pescan los domingos infaliblemente les cae un rayo. Los botes que llevan muchachos malos siempre se vuelcan en domingo, y siempre hay tormentas cuando los muchachos malos salen a pescar en sábado. No logro comprender cómo diablos se escapó este Jim. ¿Será que estaba hechizado? Sí..., ésa debe ser la razón.

Nada malo le pasaba. Llegó incluso hasta el extremo de darle una tableta de tabaco a un elefante del zoológico, y éste *no* le dio en la cabeza con la trompa. Esculcó la despensa buscando esencia de hierbabuena, y no se equivoco ni se tomó el ácido muriático. Robó el arma de su padre y salió a cazar el sábado, y no se voló tres o cuatro dedos. Se enojó y le pegó un puñetazo a su hermanita en la sien, y ella no quedó enferma, ni sufriendo durante muchos y muy largos días de verano, ni murió con tiernas palabras de perdón en los labios, que redoblaran la angustia del corazón roto del niño. Oh, no; la niña recuperó su salud.

Al cabo del tiempo, Jim escapó y se hizo a la mar, y al volver no se encontró solo y triste en este mundo porque todos sus seres amados reposaran ya en el cementerio, y el hogar de su juventud estuviera en decadencia, cubierto de hiedra y todo destartalado. Oh, no; volvió a casa borracho como una cuba y lo primero que le tocó hacer fue presentarse a la comisaría.

Con el paso del tiempo se hizo mayor y se casó, tuvo una familia numerosa; una noche los mató a todos con un hacha, y se volvió rico a punta de estafas y fraudes. Hoy en día es el canalla más pérfido de su pueblo natal, es universalmente respetado y es miembro del Concejo Municipal. Fácil es ver que en los libros de religión jamás hubo un James malo

con tan buena estrella como la de este pecador de Jim con su vida encantadora.

EL CUENTO DEL NIÑO BUENO

HABÍA UNA VEZ UN NIÑO BUENO, llamado Jacob Blivens, que siempre obedecía a sus padres, por absurdas y poco razonables que fueran sus exigencias, que siempre se estudiaba la Biblia y jamás llegaba tarde al cursillo de religión de los domingos. No le gustaba volarse de clase, aunque silo pensara bien sc daría cuenta de que era el mejor negocio para él. Fra tan extraño su modo de comportarse que ninguno de los demás muchachos lo comprendía. No decía mentiras, aunque le conviniera. Opinaba que mentir era malo, y que eso le bastaba para no hacerlo. Y era tan honesto que rayaba en la ridiculez. Las curiosas costumbres de aquel Jacob ho las igualaba nada: no jugaba a las canicas los domingos, no robaba nidos de pájaros, no les daba monedas calientes a los monos de los organilleros; no parecía interesado en ninguna de las diversiones normales. Los demás muchachos se devanaban los sesos tratando de averiguar cómo era esto posible, pero no llegaban a ninguna conclusión satisfactoria. Como dije antes, sólo se les ocurrió la idea vaga de que era “chiflado”, por lo que lo tomaron bajo su protección, y nunca permitieron que le sucediera nada malo.

Este muchacho bueno se leía todos los libros de moral, pues eran su mayor delicia. He ahí el secreto. Creía firmemente en los niñitos buenos que ponen de ejemplo en esos libros; tenía gran confianza en ellos. Ansiaba encontrarse a alguno vivo, pero nunca lo consiguió. Todos morían antes de tiempo, quizás. Cada vez que leía sobre alguno particularmente bueno pasaba las páginas a la carrera hasta llegar al final, para ver qué había sido de él, porque estaba dispuesto a viajar cientos de millas para poderlo observar; pero era inútil: el muchachito bueno inexorablemente moría en el último capítulo, donde había una ilustración del funeral, con sus parientes y los niños de la clase rodeando la tumba, en pantalones que les quedaban demasiado chicos y sombreros que les quedaban demasiado grandes, y todo el mundo moqueando en descomunales pañuelos, como de yarda y media de tela. Siempre salía derrotado de esta manera. Nunca pudo llegar a ver a ninguno de esos muchachitos buenos, pues éstos irremisiblemente morían en el último capítulo.

Jacob albergaba la noble ambición de que también a él lo metieran en un libro de moral, con ilustraciones que lo representaran negándose a mentirle a su madre, y a ella sollozando de dicha
por tal motivo; o en grabados que lo representaran de pie, en el umbral de la puerta, dándole un centavo a una pobre limosnera con seis hijos, y diciéndole que lo gastara como a bien tuviera, pero sin derrocharlo, porque la extravagancia es pecado; o un dibujo mostrando su magnanimidad al negarse a acusar al granuja que siempre lo acechaba a la vuelta de la esquina cuando salía de la escuela, y que le blandía un garrote sobre la cabeza y luego lo perseguía hasta la casa amenazándolo. Hete aquí la ambición del joven Jacob Blivens: quería que lo pusieran en un libro de moral.

A veces se sentía un poco incómodo cuando pensaba que los muchachitos buenos morían. A él le encantaba vivir, como es obvio, y ése era el peor momento si uno era un personaje

de un libro de moral. Jacob sabía que ser de buena conducta era malo para la salud; sabía que ser de una bondad tan increíble como la de los muchachos de los libros era más mortal que tener tuberculosis; sabía que ningún niño de ésos había sobrevivido por mucho tiempo, y le dolía en el alma pensar que si lo ponían en un libro, no lo llegaría a ver, o, peor, si llegaran a publicar el libro antes de que él muriera, no alcanzaría la popularidad por no llevar algún dibujo de su funeral en la solapa trasera. No valía la pena como libro de moral si no podía narrar el consejo que él le habría dado a la comunidad en su hora de muerte. Pero al final, claro está, hubo dc resignarse a sacarles partido a las circunstancias: a vivir con rectitud, a durar cuanto pudiera, y a tener listas sus últimas palabras por si llegaba el momento.

Pero por alguna razón nada le salía bien a este muchacho bueno; nada le resultaba como a los muchachos buenos de los libros, que siempre la pasaban de maravilla, mientras a los malos se les quebraban las piernas; pero en su caso había algún tornillo flojo en algún lado y le sucedía exactamente lo contrario. Cuando descubrió a Jim Blake robando manzanas, se paró debajo del árbol para leerle la historia del niño malo que se cayó del manzano de un vecino y se quebró el brazo; Jim también se cayó del árbol, pero justo encima de él, y le quebró el brazo, y Jim salió ileso. Jacob no podía entenderlo. En los libros no decía nada así.

Y una vez unos muchachos malos guiaron a un ciego hasta hacerlo caer en un pantano, y Jacob salió en su ayuda, esperando recibir su bendición; pero el ciego no sólo no le dio ninguna bendición sino que le propinó un golpe en la cabeza con su bastón y dijo que pobre de él si lo volvía a empujar para después fingir que le estaba ayudando a levantarse. Así no sucedía en los libros. Jacob buscó en todos para ver.

Otra cosa que Jacob siempre había querido hacer era encontrar un perro callejero cojo, muerto del hambre y perseguido, para llevarlo a casa, cuidarlo y granjearse la imperecedera gratitud del animal. Al fin encontró uno y se puso feliz; lo llevó con él a casa y le dio comida, pero cuando lo fue a acariciar, el can se le abalanzó y le destrozó la ropa, excepto la parte delantera, y lo hizo hacer un ridículo impresionante. Examinó los textos que había leído, pero no logró comprender el asunto. Era de la misma raza de los perros que figuraban en los libros, pero éste no actuaba como aquéllos.

Hiciera lo que hiciera, este pobre muchacho siempre se metía en un lío. Hasta las mismas cosas por las que los muchachos de los libros reciben más recompensas, le resultaban a él las menos rentables en que pudiera invertir. Un domingo, camino de su clase de religión, vio a unos muchachos malos, felices zarpando en un bote de vela. Se llenó de consternación, pues por sus lecturas sabía que los muchachos que van a navegar los domingos invariablemente mueren. Entonces salió a toda velocidad en una balsa para prevenirlos, pero un tronco se dio la vuelta, lo hizo rodar y se fue al río. Un hombre lo rescató a tiempo, y el médico le sacó el agua con una bomba, y le dio un nuevo aire con un fuelle, pero Jim atrapó un resfriado y guardó cama nueve semanas. Pero lo más inexplicable de todo fue que los muchachos malos del bote pasaran un día fabuloso y lo más extraordinario fue que regresaran a casa sanos y salvos. Jacob Blivens dijo que cosas como éstas no sucedían en los libros, que eso lo dejaba anonadado.

Cuando se alivió se le bajaron un poco los ánimos, pero de todos modos resolvió seguir haciendo esfuerzos por ser bueno. Sabía que hasta ahora sus experiencias no servirían para consignarlas en un libro, pero todavía no se había cumplido el lapso de vida asignado a los niños buenos, y albergaba la esperanza de batir un récord, si podía aferrarse a la vida hasta

completar el tiempo que le tocaba vivir. En el peor de los casos podía acudir al discurso que había preparado con sus últimas palabras.

Un buen día descubrió que ya era hora de hacerse a la mar en calidad de grumete. Visitó al capitán de un barco y solicitó su ingreso, y cuando este le pidió recomendaciones, con enorme orgullo esgrimió su Biblia y señaló la dedicatoria: “A Jacob Blivens, con afecto, de su maestro”. Pero el capitán, hombre burdo y vulgar, dijo:

—¡Al carajo con eso! Así no demuestra que sabe lavar platos ni fregar pisos.

Fue lo más extraordinario que le sucediera a Jacob en toda su vida. Una alabanza de un profesor, escrita sobre una Biblia, nunca había dejado de conmover y suscitar las emociones más tiernas en los capitanes de navíos ni dejado de abrirle las puertas de todos los oficios honorables y lucrativos. Esto jamás había sucedido en ningún libro que hubiese leído. No podía creer lo que sus sentidos le dictaban.

A este muchacho siempre le iba mal. Nada le salía según decían los libros de moral. Un día, dedicado a buscar niños malos para sermonearlos, encontró unos cuantos en una fundición de hierro haciéndole una pilatuna a unos catorce o quince perros, a los que habían atado en una larga procesión, y estaban adornando con tarros vacíos de dinamita pegados del lomo. El corazón de Jacob se conmovió. Se sentó sobre uno de los tarros (porque no le importaba engrasarse cuando el deber lo llamaba), agarró al perro delantero por el collar, y volvió su mirada de reproche sobre el malvado de Tom Jones; pero en aquel preciso instante entró el viejo fundidor hecho una hiena. Todos los muchachos malos salieron espantados, pero Jacob se incorporó, con su inocencia inconsciente, y empezó a echarse uno de esos discursos moralistas que comienzan con “¡Oh, señor!” en total oposición al hecho de que ningún muchacho, ni bueno ni malo, jamás empieza un comentario con “Oh. señor”. Pero el tipo no esperó a escuchar el resto. Tomó a Jacob Blivens por una oreja, le hizo dar la vuelta y le pegó una nalgada con la palma de la mano; en un abrir y cerrar de ojos, el buen muchachito, todo untado de pólvora, estalló y salió como una bala por el entejado, derecho al sol, con los fragmentos de esos quince perros colgándole detrás como la cola de una corneta. Y sobre la faz de la tierra no quedaron ni señas del fundidor ni de la vieja fundición y, en cuanto a Jacob Blivens, éste no tuvo oportunidad de decir sus últimas palabras después de tanto trabajo que le costó escribirlas, a menos que se las hubiera dicho a los pájaros porque la mayor parte de su cuerpo cayó en toda la copa de un árbol en un condado vecino y el resto quedó disperso entre cuatro pueblos más o menos cercanos, y fueron necesarias cinco pesquisas para descubrir sí había muerto o no, y cómo había ocurrido. Jamás había visto la gente un muchacho tan desparramado.

Así pereció el niño bueno, que si bien todo lo hacía de la mejor manera posible, nada le resultaba según los libros. Todos los muchachos que hacían lo mismo prosperaban, menos él. Su caso es de veras sorprendente. Y probablemente jamás podrá ser explicado.

EDWARD MILLS Y GEORGE BENTON: UNA HISTORIA

HABÍA UNA VEZ dos parientes lejanos... primos séptimos, o algo por el estilo. Cuando aún eran niños de brazos quedaron huérfanos y fueron adoptados por los Brants, una pareja

que no podía tener hijos, y que muy pronto les tomó cariño. Los Brants solían decir:

—Sed puros. honestos, abstemios, diligentes y considerados, y tendréis garantizado el triunfo en la vida.

Los niños oyeron esta frase miles de veces antes de entenderla, fueron capaces de repetirla mucho antes de aprender a rezar, la tenían pintada sobre la puerta de su cuarto, y fue lo primero que aprendieron a leer. Estaba destinada a ser el lema invariable de la vida de Edward Milis. Algunas veces los ancianos cambiaban un poco la formulación y decían:

—Sed puros, honestos, abstemios, diligentes y considerados, y nunca os faltarán los amigos.

El pequeño Edward Milis hacía las delicias de quienes lo rodeaban. Cuando quería una golosina y no se la daban, escuchaba razones y se resignaba contento a no tenerla. Cuando el niño Benton, su primo, se antojaba de un dulce, chillaba hasta que se lo daban.

El chico Milis era cuidadoso con sus juguetes; Benton los destruía recién se los regalaban, para después armar una terrible pataleta, hasta que, a fin de lograr algo de paz en la casa, convencían al niño Milis de que le prestara los suyos.

Cuando se hicieron mayorcitos, Georgie se convirtió en una fuente grande de gastos por una razón adicional: no cuidaba su ropa. En consecuencia, a cada rato le tocaba estrenar, lo que no sucedía con Eddy.

Los muchachos crecieron de forma paralela. La docilidad de Eddy aumentaba con el paso de los días, al mismo ritmo en que disminuía la de Georgie. Como respuesta a las peticiones de Eddy bastaba un “Preferiría que no lo hicieras”, refiriéndose a los permisos para ir a nadar, esquiar, salir de paseo, recoger bayas, ir al circo o cualquiera de esas actividades que suelen fascinar a los muchachos. Pero tal respuesta no le servía a Georgie: había que darle gusto en cuanto se le antojara, pues en caso contrario se ponía a despotricar con altanería. Como es obvio, a ningún muchacho le daban tantos permisos para ir a nadar, a esquiar, a recoger bayas, etc., como a él, y nadie la pasaba mejor.

En las noches de verano los buenos de los Brants no les permitían a los chicos jugar en la calle después de las nueve, hora en que los mandaban a la cama. Eddy les hacía caso y se quedaba acostado, pero hacia las diez Georgie se escabullía por la ventana y salía a divertirse de lo lindo hasta la media noche. Parecía imposible quitarle aquel mal hábito, pero al fin los Brants consiguieron que se quedara en la cama sobornándolo con manzanas y bolitas de cristal.

Los buenos ancianos le dedicaban todo su tiempo y atención a la empresa fútil de disciplinar a Georgie. Decían, con lágrimas de agradecimiento en los ojos, que Eddy no necesitaba su esfuerzo, pues era muy considerado, y perfecto a más no poder.

Con el paso del tiempo se les llegó a los muchachos la hora de trabajar, de manera que los mandaron a aprender un oficio: Edward se fue por su propia voluntad; a George lo llevaron a la fuerza y mediante sobornos. Edward se dedicó a laborar con juicio y entusiasmo, y dejó de ser una carga par los buenos de los Brants. De ellos recibía sólo elogios, al igual que de su patrón. Pero George escapó. La labor de darle caza y obligarlo a regresar le costó a Mr. Brant una sustanciosa suma de dinero y múltiples líos. Al cabo de un tiempo volvió a fugarse. …más dinero y más tribulaciones. Una tercera vez huyó... después de hurtar algunas cosas para llevárselas... más problemas y gastos para nuestro buen Brant. Además, con gran dificultad logró convencer al patrón de que no lo llevara ante la ley.

Edward, que siguió trabajando con constancia, al cabo de un tiempo se hizo socio en pie de igualdad del negocio de su patrón. George no se componía; por el contrario, era un

constante dolor de cabeza para sus ancianos benefactores, que tenían la constante necesidad de ingeniarse estrategias para protegerlo de la ruina.

Desde niño Edward se interesó por las clases de religión, las sociedades de debates, las misiones religiosas para conseguir dinero, las organizaciones de lucha contra el tabaco y contra la irreverencia, y por otras empresas semejantes; ya de hombre se convirtió en un confiable y participativo servidor de la iglesia, de las sociedades de alcohólicos, y de todo cuanto movimiento apuntara a mejorar y ayudar a los hombres. Esto no suscitaba ningún comentario ni llamaba la atención, pues era "su inclinación natural".

Al cabo de los años la pareja de ancianos falleció. El testamento le dejaba la constancia de su amor y orgullo a Edward, pero las pocas propiedades a George... porque éste "las necesitaba", mientras que, "merced a la generosidad de la Providencia", tal no era el caso de Edward, pero a George le dejaron la herencia con una condición: con ella debía comprarle su parte al socio de Edward; de lo contrario pasaría a una organización caritativa llamada la Sociedad del Amigo del Presidiario. Los viejos dejaron una carta en la que le rogaban a su querido hijo Edward que los reemplazara en la vigilancia de George, ayudándole y protegiéndolo de la misma manera que lo habían hecho ellos. Edward aceptó su deber de buena gana, y George se convirtió en socio. Pero como socio no sirvió para nada, porque si bien antes había tenido sus coqueteos con la bebida, ahora estaba convertido en un borrachín consuetudinario, lo que sus ojos y su piel revelaban de manera desagradable.

Edward llevaba algún tiempo haciéndole la corte a Mary, una noble y dulce joven, y ambos se amaban tiernamente. Por aquella época George comenzó a frecuentarla y a hacerle súplicas desgarradoras, y al fin, llorando, la joven se dirigió a Edward, y le dijo que tenía muy claro cuál era su magnánimo y sagrado deber, y que no debía dejar que sus deseos egoístas interfirieran con éste: debía casarse con el "pobre George' y "reformarlo", que seguramente se le iba a romper el corazón, etc., pero que el deber era el deber. De modo que se casó con George, y a Edward casi se le rompe el corazón, lo mismo que a ella.

No obstante, al cabo de un tiempo Edward se recuperó, y se casó con otra muchacha... un excelente Organizaron luego una imponente congregación mística de abstemios, y después de algunos discursos conmovedores, el presidente dijo:

—No vamos a llamar a ningún firmante; creo que les espera un espectáculo que muy pocos de los presentes en este recinto serán capaces de mirar con los ojos secos.

Hubo una pausa elocuente, y luego, George Benton, escoltado por una comitiva de las Damas del Refugio, vestidas de rojo, subió a la plataforma y firmó el compromiso. Los aplausos fueron atronadores y la gente lloró de emoción. Cuando la reunión terminó cada uno de los asistentes le dio la mano al recién reformado, y le aumentaron el salario; al día siguiente todo mundo hablaba de él y se convirtió en héroe. Una crónica de esto fue publicada.

George Benton comenzó entonces a recaer cada tres meses con toda regularidad, pero invariablemente lo rescataban y le volvían a conseguir trabajo. Por último, empezaron a llevarlo a todas partes a dar conferencias, como alcohólico reformado, y llenaba teatros y hacía mucho bien.

En su ciudad era tan popular, y confiaban tanto en él —durante sus intervalos de abstinencia— que falsificando el nombre de uno de los ciudadanos principales consiguió una enorme suma de dinero en el banco. La gente presionó con fuerza para librarlo de las consecuencias de su estafa y obtuvo

éxito parcial: le tocó “purgar” sólo dos años. Cuando, al final del primero, los esfuerzos incansables de los benévolos fueron coronados con el éxito, y el hombre salió de la penitenciaría con un perdórn entre el bolsillo, la Sociedad de Amigos del Presidiario lo recibió en la puerta con un empleo y un muy buen sueldo, y la demás gente de bien vino a darle consejos, alientos y puestos.

Una vez Edward Mills había hecho una solicitud a la Sociedad de los Amigos del Presidiario para colocarse, cuando más necesitado se hallaba, pero la respuesta negativa a la pregunta “¿Ha estado usted preso alguna vez?” no le convino nada para la petición.

Mientras sucedían todas estas cosas, Edward Mills, en silencio, había superado la adversidad. Aún era pobre, pero recibía un salario suficiente y regular, como cajero respetado y confiable de un banco. George Benton jamás se le acercaba, y nunca se oyó que preguntara por él. -

Por aquella época, a George le dio por ausentarse del pueblo por temporadas prolongadas. Se oían reportes malos sobre él, pero nada definido. Una noche de invierno, un grupo de ladrones enmascarados ingresó por la fuerza al banco, y encontraron a Edward Milis solo. Lo obligaron a revelar la “combinación” para poder entrar en la caja fuerte, pero éste se negó. Lo amenazaron con darle muerte, pero dijo que sus patrones confiaban en él, y que no podía traicionar aquella confianza; que estaba dispuesto a morir si era el caso, pero que mientras viviera sería leal, y no aceptó darles la “combinación”. Los ladrones lo asesinaron. Al cabo de un tiempo, los detectives dieron caza a los delincuentes, el principal de los cuales resultó ser George Benton. La gente se apiadó de la viuda y el huérfano del muerto, y los periódicos de la región les suplicaron a los bancos dar testimonio de su aprecio por la fidelidad y heroísmo del cajero asesinado haciendo una contribución generosa de dinero para ayudarle a la familia, ahora privada de su sustento. El resultado fue una suma de dinero en efectivo de más o menos quinientos dólares... un promedio de casi tres octavos de dólar por banco de la Unión. El propio banco del cajero demostró su gratitud emprendiendo la tarea de demostrar (pero sufriendo un humillante fracaso) que las cuentas del sin igual dependiente nO cuadraban, y que se había volado sus propios sesos con una cachiporra a fin de evitar que lo detectaran y castigaran.

A George Benton lo llevaron a juicio. Entonces, en su interés por el pobre hombre, la gente se olvidó de la viuda y de los huérfanos. Todo lo que pueden hacer el dinero y la influencia se hizo por él, pero fue inútil; lo sentenciaron a muerte. Enseguida le llovieron al gobernador peticiones de perdón por parte de jóvenes muchachas llorosas, viejas solteronas acongojadas, delegaciones de viudas patéticas, impresionantes manadas de huérfanos. Pero no; el gobernador —por primera vez— no quiso ceder.

Entonces George Benton se volvió profundamente religioso. Las buenas nuevas volaron por doquier y desde aquel momento su celda se mantuvo llena de muchachas, mujeres y flores frescas; todo el día había oraciones, cánticos, ceremonias de gracias a Dios, homilías, lágrimas, con la sola excepción de un intermedio de cinco minutos ocasionales para refrigerios.

Esta situación continuó hasta el propio cadalso, y George Benton se marchó orgulloso al cielo, en la capucha negra, ante un público acongojado, compuesto por los mejores y más nobles hombres que la región podía producir. Su tumba tuvo flores frescas todo el día por un tiempo, y la lápida llevaba la siguiente inscripción, debajo de una mano que señalaba a las alturas: “Fue un valiente luchador”.

La lápida del cajero heroico llevaba, a su vez, la siguiente: “Sed puros, honestos,

abstemios, diligentes y considerados, y jamás seréis...". Nadie sabe quién dio la orden de dejarla inconclusa, pero se conoce que fue dada.

La familia del cajero está pasando por penurias terribles, según dicen, pero no tiene importancia, pues una multitud de gente de esa que sabe apreciar las cosas y no desean que acto tan valiente y honesto como éste se quede sin recompensa, consiguió cuarenta y dos mil dólares y construyó una iglesia para conmemorar su hazaña.

HISTORIAS QUE MUESTRAN EJEMPLOS DE MAGNANIMIDAD

TODA MI VIDA, desde que era un muchacho, he tenido el hábito de leer el tipo de anécdotas escritas en la vena del ingenioso fabulista de *El Mundo,* por las lecciones que me enseñaban y el placer que me proporcionaban. Siempre las tenía a mano, y cada vez que pensaba mal de la humanidad recurría a ellas, y ellas lograban desterrar aquel sentimiento; cada vez que me sentía egoísta, sórdido y mezquino, recurría a ellas, y ellas me decían qué hacer para volver a ganarme el respeto de mí mismo. Muchas veces deseé que las maravillosas anécdotas no acabaran con su clímax feliz, sino que continuaran la maravillosa historia de los diversos benefactores y sus beneficiarios. Este deseo surgía en mi alma con tanta persistencia que al fin resolví satisfacerlo, rebuscándome yo mismo las segundas partes de esas anécdotas. Me dediqué, pues, a hacerlo, y tras ingente cantidad de trabajo y tediosas investigaciones cumplí con mi cometido. Expongo ante ustedes los resultados, narrándoles primero la anécdota y luego el epílogo de cada una, tal como lo conseguí por medio de mis pesquisas.

El perro agradecido

Un día, un médico benévolo (que había leído las historias de moral) se topó con un perro vagabundo que tenía una pata quebrada. Llevo al pobre animal a su casa, y después de arreglarle la pata y vendársela, le devolvió al pequeño vagabundo su libertad, y no volvió a pensar en el asunto. Mas cuál no sería su sorpresa, cuando una mañana, algunos días después, al abrir la puerta encontró que el agradecido can lo estaba esperando allí con paciencia, en compañía de otro perro vagabundo, al cual una de sus patas, quién sabe por qué accidente, se le había roto. El bondadoso médico corrió a dar alivio al animal adolorido, y no olvidó observar la inescrutable bondad y misericordia de Dios, que había tenido a bien emplear un instrumento tan noble como el pobre perro callejero para inculcar, etc.

Continuación

A la mañana siguiente, el bondadoso médico se encontró a los dos perros, pletóricos de gratitud, esperándolo en la puerta, y con ellos otros dos... inválidos. Los alivió sin tardar, y los cuatro tomaron su rumbo, dejando al bondadoso galeno una vez más sobrecogido por

sus pensamientos piadosos. Pasó el día y llegó la mañana. En la puerta estaban ahora los cuatro perros reconstruidos, y con éstos, otros cuatro que requerían serlo. También transcurrió ese día, y llegó una nueva mañana; y ahora eran dieciséis los perros, ocho de ellos recién lesionados, que ocupaban toda la acera, y obligaban a la gente a dar un rodeo. Por la tarde, ya todas las patas rotas habían sido compuestas, pero entre los pensamientos piadosos del buen médico estaban comenzando a intercalarse obscenidades involuntarias. El sol volvió a salir una vez más, para exhibir treinta y dos perros, dieciséis de los cuales tenían alguna pata quebrada, que ocupaban la acera de la mitad de esa cuadra, mientras los espectadores humanos se llevaban el resto del espacio. Los aullidos de los animales heridos, los cánticos de los aliviados, y los comentarios de los ciudadanos noveleros formaban un gran e inspirador alborozo, pero el tráfico hubo de ser interrumpido en aquella calle. El buen médico contrató un par de cirujanos asistentes, y consiguió concluir esta obra de beneficencia al anochecer, no sin antes tomar la precaución de abandonar la iglesia a la que pertenecía, a fin de poderse expresar con la laxitud requerida por el caso.

Pero algunas cosas tienen su límite. Cuando una vez más amaneció y el buen médico se asomó
para ver una muchedumbre de perros suplicantes y clamorosos, dijo:

—Debo darme por vencido y reconocerlo: los libros moralistas me engañaron. Sólo cuentan la parte bonita del cuento, y ahí paran. Tráiganme la escopeta. Esto ya ha ido demasiado lejos.

Y diciendo estas palabras, salió corno una tromba con su arma, con la mala suerte de que le pisó la cola al primer perro que había curado, el cual, ni corto ni perezoso, lo mordió en la pierna. Lo que sucedió fue que el grandioso y noble trabajo en que este perro se había comprometido había engendrado en él un entusiasmo tan poderoso y creciente que se le debilitó la mollera y al fin enloqueció. Un mes después, cuando el benévolo médico yacía en su lecho de muerte, en las garras de la hidrofobia, citó a sus acongojados amigos a su alrededor y les dijo:

—Cuídense de los libros. Sólo cuentan la mitad de la historia. Cuando un pobre gozque desgraciado les pida ayuda y ustedes no estén seguros de los resultados que pueden derivarse de su benevolencia, dense el beneficio de la duda y asesinen al suplicante.

Y diciendo estas palabras volvió su rostro hacia el muro y entregó su alma.

El escritor benévolo

Un joven y pobre escritor principiante había intentado muchas veces que le aceptaran sus manuscritos. Por último, cuando sólo le esperaban los horrores de la inanición, le expuso su caso a un célebre escritor, implorándole consejo y ayuda. El generoso hombre, de inmediato hizo a un lado sus propios asuntos y procedió a leer con detenimiento uno de los manuscritos rechazados. Concluida su altruista tarea, le dio un cariñoso apretón de manos al joven y le dijo:

—Veo calidad en esto. Vuelva el lunes.

El día señalado, con una sonrisa dulce pero sin decir palabra, el célebre autor desplegó una revista todavía húmeda por lo recién salida de la prensa. Cual no sería la sorpresa del pobre joven al descubrir su propio artículo sobre la página impresa.

¿Cómo podré —dijo, hincándose de rodillas y estallando en lágrimas— expresar mi

gratitud por su noble conducta?
El escritor célebre era el famoso Snodgrass, y el pobre escritor principiante, rescatado así de la oscuridad y de la inanición, se convirtió en el igualmente famoso Snagsby. Sirva este hermoso incidente para enseñarnos que debemos prestar un oído caritativo a los principiantes necesitados de ayuda.

Continuación

A la semana siguiente, Snagsby regresó con cinco cuentos rechazados. El escritor célebre se sorprendió un poco, porque en los libros de moral el joven luchador solamente necesitaba un empujoncito. Sin embargo, revisó minuciosamente los papeles, retirando flores innecesarias y desenterrando algunos acres de adjetivos truncos, y luego consiguió que le aceptaran dos artículos.

Transcurrida más o menos una semana, el agradecido Snagsby llegó con otra carga. El escritor célebre había albergado un profundo sentimiento de satisfacción dentro de sí la primera vez que le había dado muestras de amistad al empedernido novel, y al compararse con las personas generosas de los libros salía bien librado. Pero ahora estaba comenzando a sospechar que se había topado con algo nuevo en el renglón de los episodios de **no**bleza. Pero aunque su entusiasmo se fue enfriando, fue incapaz de rechazar al novel y luchador escritor que se aferraba a él con una llaneza y confianza tan bellas.

Pues bien, el resultado fue que el escritor célebre fue apabullado por el pobre novel. De nada sirvieron sus débiles esfuerzos para librarse de la carga. Todos los días tenía que estarle dando consejo y aliento; permanentemente debía procurar que las revistas lo aceptaran, y luego, refaccionar los escritos para volverlos presentables. Cuando el joven aspirante por fin arrancó, alcanzó la fama súbita describiendo la vida privada del escritor célebre con un humor tan cáustico y tal lujo de detalles hirientes, que el libro se vendió en cantidades astronómicas y al célebre escritor se le rompió el corazón por haber sufrido tamañas mortificaciones.

Con su último suspiro dijo:

—Qué dolor, los libros de moral me decepcionan, pues no relatan la historia completa. Amigos míos, cuídense de los escritores principiantes que luchan por ser aceptados. Aquél a quien Dios considera digno de morir de hambre, que no lo rescate el hombre presuntuoso, pues será a costa de su propia ruina.

El esposo agradecido

Un día una dama paseaba en coche por la calle principal de una gran ciudad acompañada por su hijito, cuando algo espantó a los cabal1os, que salieron a toda carrera, arrojando al cochero de pescante y dejando a los ocupantes del coche paralizados del terror. Pero un joven valiente que iba manejando una carreta de abarrotes se **puso** enfrente de los animales desbocados y logró frenar su carrera, poniendo en peligro su propia vida La dama agradecida apuntó sus datos, y al llega a casa le relató el acto heroico a su esposo (que había leído los libros de moral). Éste escuchó con ojos anegados en lágrimas el conmovedor recital, y después de darle las gracias —junto con sus bien amados vueltos a la vida— a Aquél para quien ni la caída de una golondrina pasa inadvertida, envió por el joven valiente y, poniéndole en la mano un cheque de quinientos dólares le dijo:

—Toma esto como recompensa por tu noble acto, William Ferguson, y si alguna vez

necesitas un amigo, recuerda que Thompson McSpadden no es un ingrato.

Apréndase de aquí que un buen acto no puede sino beneficiar a quien lo hace, por humilde que sea.

Continuación

A la semana siguiente William Ferguson los visitó y le pidió a Mr. McSpadden que empleara su influencia para conseguirle un empleo mejor, pues se sentía capaz de hacer mucho más que manejar una carreta de abarrotes. Mr. McSpadden lo colocó como empleado, con un buen salario.

Poco después la madre de William Ferguson enfermó y éste.., bueno, para no alargar el cuento. Mr. McSpadden aceptó llevársela a su casa. Al poco tiempo comenzó la buena mujer a extrañar a sus hijos menores; entonces Mary y Julia también fueron admitidas, al igual que el pequeño Jimmy. Pero resulta que Jimmy tenía una navaja, y un día salió a pasearse por el salón con ella, solo y en menos de tres cuartos de hora redujo los muebles, que valían diez mil dólares, a un valor indeterminable. Uno o dos días más tarde se cayó por las escaleras y se rompió la nuca, y diecisiete parientes suyos vinieron a la casa para asistir al funeral. Con eso cogieron confianza y después de aquel día la cocina se mantenía llena de gente a toda hora, y los McSpadden se mantenían ajetreados buscando puestos para los diferentes miembros de la familia, y buscándoles otros cuando se les acababan los presentes. La vieja resultó ser muy bebedora y muy mal hablada, pero los agradecidos McSpadden consideraron que su deber era reformarla, y como no olvidaban que su hijo les había hecho a ellos un bien, se dedicaron con nobleza a su generosa tarea. William venía a menudo a que le dieran sumas de dinero cada vez mayores, y pedía empleos más y más lucrativos, los que el agradecido McSpaddcn más o menos prontamente lo procuraba. Además, McSpadden aceptó, después de un poco de vacilación, ayudarle a William a ingresar en la universidad, pero cuando llegaron las primeras vacaciones y el héroe pidió que lo mandaran a Europa por razones de salud, el perseguido McSpadden se alzó contra el tirano e hizo la revolución: de manera tajante y contundente se negó a hacerlo. La madre de William Ferguson se quedó tan sorprendida que se le cayó la botella de ginebra, y sus labios profanos se negaron a ejercer su oficio. Cuando volvió en sí, dijo medio ahogada:

—¿Es ésta su gratitud'? ¿Dónde estarían ahora su esposa y su hijo si no hubiera sido por el mío?

Y William dijo:

—¿Es ésta su gratitud? ¿Le salvé la vida a su esposa o no? ¡Dígamelo!

Varios parientes entraron y salieron de la cocina y cada uno dijo:

—¡Vaya gratitud!

Las hermanas de William miraron con los ojos abiertos, impresionadas, y dijeron:

—Y ésta es su grat... —pero fueron interrumpidas por su madre, que estallando en lágrimas exclamó:

—¿Y pensar que mi santo hijo botó su vida al servicio de tal reptil!

Entonces los ímpetus del revolucionario McSpadden no se quedaron cortos con respecto a la ocasión, y replicó con fervor:

—¡Fuera de mi casa toda esta tribu de limosneros!, los libros me engañaron, pero jamás lo volverán a hacer... con una vez me basta.

Y volviéndose hacia William le gritó:

—¡Sí, usted salvó la vida de mi esposa, y el que lo vuelva a hacer que muera pisoteado!

*

Como no soy sacerdote, coloco mi texto al final del sermón en lugar de hacerlo al principio. Aquí está, tomado de "Recuerdos del presidente Lincoln", por Noah Brooks, de la revista *Scribner's Monthly:*

> J. H. Hackett**,** en su papel de Falstaff, fue un actor que una vez hizo las delicias del presidente Lincoln. Con su acostumbrado deseo de darles importancia a los demás expresándoles sus agradecimientos, Mr. Lincoln le escribió una genial esquela al actor expresando lo mucho que su representación le había gustado. Mr. Hackett, en réplica, le envió un libro, a lo mejor de su propia autoría, además de varias notas. Una noche, muy tarde, cuando el episodio ya se me había olvidado, llegué a la Casa Blanca respondiendo a un llamado urgente. Al pasar por la oficina del presidente advertí, para mi sorpresa, que Hackett estaba sentado haciendo antesala a la espera de ser atendido. El Presidente me preguntó si había alguien afuera. Al contarle quién, dijo, con un dejo de tristeza:
>
> —No lo puedo ver, no puedo; tenía la esperanza de que ya se hubiera marchado —y luego añadió—: Mira, esto ilustra lo difícil que es tener buenos amigos y conocidos en este lugar. Tú sabes cuánto me gustaba Hackett como actor, y te enteraste de que le escribí diciéndoselo. El me envió este libro, y pensé que ahí acabaría el asunto. Él es el mejor en su profesión, supongo, y le va muy bien; pero sólo por el hecho de que hubiéramos tenido una pequeña correspondencia amable, como cualquier par de hombres pudieran tener, él ya quiere algo. ¿Qué supones que quiere'?
>
> Como no lo pude adivinar, Mr. Lincoln agregó:
>
> —Pues quiere ser cónsul en Londres. ¡Ay, Dios!

Para concluir sólo me resta observar que el incidente de William Ferguson ocurrió en la vida real, y que yo mismo lo conocí... aunque cambié la naturaleza de los detalles, para evitar que William se reconociera en él.

Los lectores del presente artículo seguramente han desempeñado el papel, en alguna hora romántica y sentimental de su vida, de héroes de incidentes que muestran magnanimidad. Quisiera saber cuántos de ellos están dispuestos a hablar de esos episodios, y a cuántos les gustaría que les recordaran las consecuencias que se derivaron de los mismos.

SOBRE LA DECADENCIA DEL ARTE DE MENTIR

Ensayo para ser leído y discutido en reunión del club de historiadores y anticuarios de hartford, propuesto para el premio de treinta dólares[1]*. Ahora publicado por primera vez.*

[1] No acepté el premio.

OBSERVEN BIEN, NO PRETENDO insinuar que la costumbre de mentir haya sufrido decadencia o interrupción algunas... no. Y es que la mentira, en tanto virtud y principio, es eterna; la mentira en tanto recreación, respiro y refugio en tiempos de necesidad, la Cuarta Gracia, la Décima Masa, la mejor y más segura amiga del hombre, es inmortal, y no desaparecerá de la faz de la tierra mientras exista este club.

Mi queja se refiere sólo a la decadencia del arte de mentir. Ningún hombre de principios, ninguna persona en sus cabales, puede ser testigo de la forma de mentir torpe y descuidada de la época presente, sin dolerse de ver tan noble arte así prostituido. En presencia de tan nutrido grupo de veteranos, naturalmente abordo el terna de manera tentativa; soy como una solterona tratando de enseñar puericultura a quienes han sido madres por milenios. No me quedaría bien criticarlos a ustedes, caballeros, pues todos son mayores que yo —y superiores a mí en este asunto— y, por ende, si de vez en cuando parezco hacerlo, confíen en que, en la mayor parte de los casos, lo hago con espíritu de admiración más que por buscarles los defectos. Es más, si ésta, la más bella de las bellas artes, hubiera recibido en otras partes la atención, el aliento, la práctica consciente y el desarrollo que ha recibido en el presente club, no necesitaría yo pronunciar este lamento o derramar lágrima alguna. No lo digo para adularlos: lo digo en un espíritu de reconocimiento y apreciación justos.

(En este punto había tenido la intención de mencionar nombres y dar ilustraciones de especimenes precisos, pero los indicios observables a mi alrededor me aconsejaron evitar los detalles y ceñirme a las generalidades.)

No existe hecho más firmemente establecido que el de considerar la mentira como una necesidad de nuestras circunstancias…por tanto, la deducción de que es una virtud, por sabida se calla. Ninguna virtud puede llegar a su máximo esplendor sin ser cuidadosa y diligentemente cultivada...; por ende, se cae de su peso que ésta debería enseñarse en las escuelas públicas, al calor del hogar, y hasta en los periódicos. ¿Qué posibilidades tiene un mentiroso ignorante y poco cultivado al lado de un experto educado? ¿Qué posibilidades tengo yo con Mr. Pe.... un abogado? Mentiras juiciosas es lo que el mundo necesita. A veces pienso que sería aún mejor y más seguro no mentir en absoluto, que hacerlo con falta de juicio. Una mentira torpe y poco científica suele ser tan poco efectiva como la verdad.

Veamos ahora qué opinan los filósofos. Observen este venerable proverbio: “Los niños y los tontos siempre dicen la verdad”. La deducción es obvia: “Los adultos y los sabios nunca la dicen”. Parkman, el historiador, comenta: “El principio de la verdad se puede llevar hasta el absurdo”. En otro lugar del mismo capítulo escribe: “Es viejo el dicho de que no se debe decir la verdad todas las veces, y aquéllos cuya conciencia enferma los preocupa y los lleva a la violación habitual de la máxima son imbéciles y latosos”. Las palabras son fuertes, pero verdaderas. Nadie podría vivir con alguien que todo el tiempo ande diciendo la verdad; pero, gracias a Dios, nadie tiene que hacerlo. Alguien que a toda hora dice la verdad es simple y llanamente un ser imposible e inexistente; jamás ha existido.

Claro que hay quienes piensan que jamás mienten: pero se equivocan... y esta ignorancia es uno de los aspectos que nos hacen sentir vergüenza de nuestra mal llamada civilización.Todo el mundo miente, todos los días, a toda hora; despierto, dormido, en los sueños, en medio de la dicha, en su hora de dolor; aunque no mueva la lengua, ni las manos, ni los pies, ni los ojos, con la actitud expresa el engaño... y lo hace ex profeso. Aun en los sermones... pero basta ya de la cantinela.

En un país distante, donde viví hace tiempos, las mujeres solían salir a hacer visitas con

el pretexto humanitario y noble de quererse ver, y cuando regresaban a sus casas exclamaban con voz de contento:

—Hicimos dieciséis visitas y he aquí que catorce personas habían salido.

Con ello no querían decir que les había parecido malo que las catorce hubieran salido; no, ésta era sólo una manera de querer decir que no estaban en casa... y su modo de decirlo expresaba lo mucho que les había gustado el hecho. Ahora bien, su pretensión de querer ver a las catorce —y a las otras dos con las que habían tenido menos suerte— es la forma de mentira más común y más suave, que se ha descrito muchas veces como desviación de la verdad. ¿Fue justificable? Claro que sí: fue hermosa y fue noble, pues su objetivo no fue obtener beneficios propios sino procurar un placer a las dieciséis personas.

El traficante de verdades empedernido manifestaría con franqueza que no quería ver a esas personas... y sería un burro, pues infligiría un dolor del todo innecesario. Y, además, esas mujeres de aquel lejano país... pero, no importa, tenían miles de agradables maneras de mentir, producto de sus impulsos nobles, que daban crédito a su inteligencia y honor a sus corazones. Qué importan los detalles.

Los hombres de aquel lejano país eran, sin excepción, mentirosos. Hasta su saludo era una mentira, porque a ellos no les importaba cómo estuviera uno, a no ser que fueran empresarios de pompas fúnebres. Al preguntón normal le daban una respuesta mentirosa también, pues uno no hace un diagnóstico concienzudo de su estado sino que contesta al azar, y por lo general se equivocaba de cabo a rabo. Le mentían al empresario de pompas fúnebres, diciéndole que la salud les estaba flaqueando... mentira totalmente loable, pues no cuesta nada y complace al otro. Si un extraño lo visitaba a uno y lo interrumpía, con los labios uno pronunciaba un caluroso: “Encantado de verte” y con el corazón, un más caluroso: “Ojalá estuvieras con los caníbales y fuera hora de la cena”. Cuando se iba alguien, se decía con lástima: “í,Ya te tienes que ir?”, seguido por un ‘Volvemos a hablar”, pero no se hacía ningún daño con ello, porque no se engañaba a nadie ni se infligía lesión alguna, mientras la verdad los habría hecho desgraciados a los dos.

Me parece que esta forma cortés de mentir es un arte amable y fascinante, que debe cultivarse. La perfección más elevada de la cortesía no es más que un hermoso edificio, construido, desde la base hasta el techo, con las modalidades doradas y graciosas dcl embuste altruista y caritativo.

Lo que me parece execrable es la incidencia, cada vez mayor, de verdades brutales. Hagamos lo que esté en nuestras manos para erradicarlas. Una verdad injuriosa no vale más que una mentira injuriosa. Ninguna debe ser enunciada jamás. El hombre que dice una verdad injuriosa por miedo a que no se salve su alma si hace lo contrario, debería pensar que esa clase de alma estrictamente hablando no vale la pena salvarse. El hombre que dice una mentira para sacar a un pobre diablo de un lío, es aquel del que los ángeles sin duda dicen: “Loor, he ahí un alma heroica que pone en peligro su propio bienestar para socorrer al vecino; exaltemos a este mentiroso que muestra tanta magnanimidad”.

Una mentira injuriosa no es digna de encomio; así como, y también en el mismo grado, no lo es una verdad injuriosa.., hecho reconocido por la ley del libelo.

Entre otras mentiras comunes tenemos la silenciosa: el engaño que se hace simplemente quedándonos callados y ocultando la verdad. Muchos defensores a ultranza de la verdad caen en tal defecto, al imaginarse que no están siendo mentirosos si no dicen expresamente una mentira. En aquel país lejano donde alguna vez residí, existía una persona encantadora, una dama cuyos impulsos eran siempre elevados y puros, y cuyo carácter les hacía honor.

Un día que estaba comiendo allí, comenté, de modo general, que todos mentimos. Ella se sorprendió y dijo:

—No todos.

Como esto sucedía en tiempos posteriores al Pinafore, no respondí lo que naturalmente liaría, sino que dije con franqueza:

—Sí, todos.., todos somos mentirosos; no hay excepciones.

Aparentando estar muy ofendida, dijo:

— ¿Me incluyes también a mí?

—Ciertamente --dije—, creo que tú hasta clasificas como experta.

Entonces respondió;

—¡Cá1late! ¡Los niños! —de modo que cambiamos el tema en consideración a la presencia de los infantes, y seguirnos hablando de otras cosas. Pero tan pronto se retiraron éstos, la dama muy entusiasmada volvió al tema y dijo:

—Tengo por regla de vida nunca decir una mentira, y jamás me he apartado de ella ni en un solo caso.

Yo le contesté:

—No quiero herirla o faltarle al respeto de ninguna manera, pero es imposible haber dicho más mentiras que las suyas desde que ha estado aquí. Y mc ha ocasionado mucho dolor, porque yo no estoy acostumbrado a eso.

Ella me pidió un ejemplo.., sólo uno. Entonces dije:

—Bien, aquí tiene el duplicado vacío de un formulario que el hospital de Oakland le envió con una enfermera que vino aquí a cuidar a su sobrinito en su grave enfermedad. En este formulario hacen toda clase de preguntas relacionadas con la conducta de la enfermera: ¿Se durmió alguna vez en su vigilia? ¿Alguna vez olvidó dar la droga?, etc. Le advierten que sea muy cuidadosa y explícita en sus respuestas, porque la buena marcha del servicio depende de que las enfermeras sean multadas o se las castigue por las faltas cometidas. Usted me contó que estaba fascinada con esa enfermera, pues tenía mil cualidades y un solo defecto: que no podía confiarse en que arropara a Johnny lo suficiente mientras él esperaba en el aire frío a que ella le tendiera la cama caliente. Usted llenó el duplicado de este papel y lo envió al hospital por conducto de la enfermera. Cómo respondió usted a la pregunta "¿Fue culpable alguna vez la enfermera de un acto de negligencia que pudiera dar como resultado que el paciente se resfriara?". Vamos, aquí en California..., todo se decide con una apuesta: diez dólares contra diez centavos a que usted mintió cuando contestó esa pregunta.

—¡No la contesté; la dejé en blanco! —dijo ella.

—Eso mismo… usted dijo una mentira silenciosa; dejó que se infiriera que no había encontrado ningún defecto en ese punto.

-¿Oh, era eso una mentira? ¿Y para qué mencionar su único defecto siendo ella tan buena...? Habría sido cruel —dijo ella.

Contesté:

—Uno siempre debe mentir cuando puede hacer un bien con la mentira, y su impulso fue correcto, pero su juicio pobre; esto es el producto de una práctica poco inteligente. Ahora observe el resultado de esta desviación inexperta suya. Usted sabe que Willie, el hijo de Mr. Jones, está gravísimo, pues padece de fiebre escarlata. Resulta que su recomendación fue tan entusiasta que esa muchacha está allá cuidándolo, y sus familiares, que estaban exhaustos, se confiaron y se quedaron profundamente dormidos las últimas

catorce horas, dejando a su hijo querido con plena confianza en esas manos fatales, porque usted, al igual que el joven George Washington, tiene reputación de... sin embargo, si usted no tiene mejor programa, mañana vengo para que asistamos juntos al entierro, porque, claro está, supongo que usted sentirá un peculiar interés en el caso de Willie...; un interés personal, de hecho, como la persona que lo llevó a la tumba.

Pero todo eso se perdió. Antes de que yo llegara a la mitad de lo que iba a decir, la mujer se montó en un coche y a treinta millas por hora se embocó hacia la mansión de los Jones para salvar lo que quedara de Willie y relatar cuanto sabía de la enfermera fatal. Todo lo cual era innecesario, pues Willie no estaba enfermo; yo había mentido. Pero en todo caso, ese mismo día envió unas palabras al hospital para llenar el espacio vacío que había dejado sin contestar, y estableció los hechos, además, de la manera más franca y directa.

Bien; como ustedes pueden ver, el problema de esta mujer no estaba en que mintiera, sino en que no lo hiciera de manera juiciosa. En ese caso debió haber contado la verdad, y haberle compensado a la enfermera con una alabanza fraudulenta más adelante. Podría haber dicho: “En un aspecto, la enfermera es el non plus ultra de la perfección: cuando está de guardia, jamás ronca”. Casi cualquier mentirilla agradable le habría sacado el veneno a esa complicada pero necesaria formulación de la verdad.

La mentira es universal.., todos mentimos; todos tenemos que hacerlo. Por tanto, lo sabio es educarnos con diligencia a fin de mentir de manera juiciosa y considerada; a fin de mentir con un buen propósito y no con uno pérfido; a fin de mentir para ventaja de los demás y no para la nuestra; a fin de que nuestras mentiras sean aliviadoras, caritativas y humanitarias, y no crueles, letales o maliciosas; a fin de mentir de manera agradable y graciosa, no torpe y tonta; a fin de mentir con firmeza, franqueza y desfachatez, con la cabeza en alto, sin vacilaciones ni torturas, sin actitudes pusilánimes, como si nos avergonzara el gran deber que tenemos de hacerlo. Sólo así nos desharemos de la verdad hedionda y pestilente que está corroyendo la tierra; sólo así seremos valiosos, buenos y bellos, moradores meritorios de un mundo en el que incluso la naturaleza benigna suele mentir, excepto cuando promete mal tiempo. Sólo entonces..., pero no soy más que un pobre estudiante nuevo de este arte gracioso, y no soy nadie para instruir a este club.

Hablando en serio, creo que es imprescindible examinar con inteligencia qué tipos de mentiras son las mejores y más saludables, dado que todos tenemos que mentir y que todos mentimos; y qué tipo de mentira es mejor evitar. Considero que esto es algo que con toda confianza puedo poner en las manos de este club de expertos, una entidad madura, a la que puede ponérsele el epíteto a este respecto, y sin adulación inmerecida, de “Maestra Emérita”.

* No acepté el premio.